

El maestro ignorante de Jacques Rancière

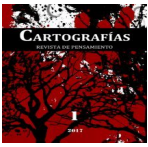
JOSEFINA ARANDA

Expondremos aquí un modelo de maestro que nos presenta Rancière, en su obra El maestro ignorante; una reflexión sobre su posible validez en los tiempos actuales; la justificación arquitectónica sobre la que se sustenta su tesis en cuatro postulados; y una pregunta hacia otro maestro de la filosofía, Sócrates, indagando en su posible adecuación a esos postulados de maestro ignorante.

Introducción

En el prefacio a la segunda edición (2010), el autor se pregunta si aún puede tener sentido seguir leyendo la propuesta del *maestro ignorante* en nuestro tiempo. Rancière no solo piensa que tiene sentido, sino que lo cree necesario; una voz disonante es precisa para remover la conciencia social. La obra nos muestra la propuesta de este pedagogo del siglo XIX, Joseph Jacotot¹, quien tuvo una experiencia filosófica primordial que le hará cambiar su método tradicional de enseñanza, el de la explicación, por el método del Maestro Ignorante, el emancipador. El orden explicador se basa en la necesidad de “dar explicaciones” al alumno. Esta lógica supone una incapacidad en el alumno para conjugar su propia inteligencia y la del libro. Después de comprobar que sus alumnos en Lovaina aprendieron la lengua francesa sin explicaciones, Jacotot se pregunta por la necesidad de las mismas, y si es que la tienen, a quién sirven y a qué.

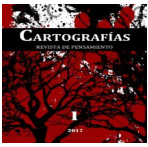
El Maestro ignorante es un libro sobre la emancipación intelectual, que nos alerta sobre una sociedad pedagogizada y del peligro de vivir bajo la maquinaria de la explicación. Es una crítica a un mundo dominado por expertos que ignoran otros muchos saberes, un mundo dividido en dos: los que tienen y los que no tienen. Un libro, por tanto, que trae a primer plano el problema de la democracia, la igualdad junto a la educación. Ante esta postura oímos las ideas del gran crítico de la democracia, Platón, dando la voz a unos pocos, los que saben, en el que la educación y la política van de la mano y los esclavos están condenados eternamente a permanecer en el interior de la Caverna. No podemos obviar el momento en que se pronuncia Jacotot, “terminada la



revolución” francesa, reivindicando **la igualdad**, supuestamente terminada. Para Jacotot-Rancière la institución pedagógica simboliza el orden y el progreso. Es ahí donde vemos cómo se ejerce el poder y la sumisión a la autoridad de los alumnos a sus maestros. El ideal ilustrado pretende conseguir la igualdad mediante la educación para todos. La *areté* del maestro consiste en el dominio de las técnicas necesarias para enseñar al que no sabe, teniendo presente las diferentes capacidades intelectuales. Es ahí donde la voz de Jacotot suena disonante en su tiempo y en el nuestro. “La distancia que la Escuela y la sociedad pedagogizada pretende reducir es aquella de la que viven y la que, por tanto, no cesan de reproducir. Quien coloca la igualdad como el fin a conseguir a partir de una situación desigualitaria la coloca de hecho en el infinito. La igualdad nunca viene después como un resultado a alcanzar. Ella debe estar siempre delante”².

Según Jacotot, no hay ningún ignorante que no sepa infinidad de cosas, y es sobre ese saber sobre el que hay que actuar, o bien atontando, confirmando la incapacidad y dando explicaciones, o bien emancipando, forzando la capacidad a que se desarrolle. Para Jacotot-Rancière, este progreso, las nuevas técnicas, nuevas tecnologías en nuestro tiempo, confundidas con la innovación, “son la eternización de la desigualdad. Los amigos de la igualdad no tienen que instruir al pueblo para acercarlo a ella; tienen que emancipar a las inteligencias, tienen que obligar no importa a quién a verificar la igualdad de las inteligencias”³.

Todas las estrategias, todas las modernas pedagogías están atrapadas en el paradigma que pretenden suprimir. Ponen en la escuela el poder *fantasmático* de realizar la igualdad social: la instrucción pretende eliminar la división de clases; los inmigrantes y los retrasados son hoy día objeto de reinserción, para obtener una sociedad más igualitaria. Programas de soporte educativo en el aula y de formación para la innovación en el trabajo justifican esta tarea infinita en busca de la igualdad. Con una actitud pesimista, Jacotot propone que el punto de partida necesario es la igualdad de capacidades intelectuales; pero ésta no tiene efectos sobre el orden social. Parece que solo es posible conseguir emancipación a nivel individual. Ese pesimismo tiene su mérito en la denuncia del funcionamiento del sistema que pone la igualdad como ideal a conseguir y a la vez la excluye en su funcionamiento normal. “La igualdad no consiste ni en la enseñanza uniforme de los niños de la república ni en la disponibilidad de



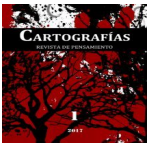
productos de bajo precio en los estantes del supermercado. La igualdad es fundamental y está ausente, es actual e intempestiva, remitida siempre a la iniciativa de los individuos y de los grupos que contra el curso ordinario de las cosas, toman el riesgo de verificarla, de inventar las formas individuales o colectivas de su verificación”⁴. Esta lección, termina Rancière, es más actual que nunca.

Postulados del Maestro Ignorante

En principio la propuesta parece paradójica, radical y nos exige, quizás, presentar de inmediato, en la secretaría del Instituto, nuestra dimisión como maestros de la explicación. Nos desconcierta, un maestro y un alumno en una relación de igualdad, emancipatoria; parece imposible que se pueda prescindir de esta relación maestro/alumno; o quizás la existencia del maestro no se mantiene por sí misma, ya que es el alumno el que hace al maestro, según Jacotot. Si unimos las dos palabras, *maestro + ignorante*, el resultado es contradictorio; y aún a falta de lógica, me asombro de aceptar su propuesta como iluminadora, liberadora y reveladora de buenas nuevas. Si separamos cada una de las palabras, entonces me pregunto qué ignora o qué ha de ignorar el maestro para cumplir su función. En seguida viene a mi mente el modelo de maestro ignorante: Sócrates. ¿Es él un auténtico maestro ignorante, según la propuesta de Jacotot- Rancière? Veamos las tesis de su lección:

Primer postulado. Todas las inteligencias son iguales

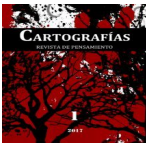
El punto de partida de Jacotot-Rancière es la igualdad entre todas las inteligencias. En el método “viejo”, el explicador es el que necesita al incapaz y no al revés. La explicación es el mito de la pedagogía, de un mundo dividido en espíritus sabios e ignorantes, capaces e incapaces, inteligentes y estúpidos. El mito del maestro insta una división entre la inteligencia superior y la inferior, priorizando el paradigma de la inteligencia superior que aprende metódicamente, avanzando de manera ordenada, pasando, a la manera cartesiana, de los elementos más simples a los más complejos. Así funciona el principio de la explicación que, para Jacotot, no es más que el principio del atontamiento.



Después de la experiencia que el azar puso en sus manos, alumnos capaces de aprender francés sin necesidad de explicaciones, tan solo con la fuerza de su voluntad y un libro, *Telémaco* de Fenelon, Jacotot advierte que la única cosa que media entre las inteligencias es el libro del autor. Por tanto, sólo con las dos inteligencias, la del autor del libro y el alumno, es suficiente para aprender. Sus alumnos aprendieron sin maestro explicador, pero no sin maestro. “Este método de la igualdad era principalmente un método de la voluntad. Se podía aprender solo y sin maestro educador cuando se quería, o por la tensión del propio deseo o por la dificultad de la situación”⁵. El maestro ignorante deja a sus alumnos con su inteligencia y su voluntad, las dos facultades que se ponen en juego a la hora de aprender. Acepta que se pueda necesitar de un maestro cuando la voluntad propia no es suficientemente fuerte; pero esta sujeción nunca puede darse de una inteligencia sobre otra; “existe atontamiento allí donde una inteligencia está subordinada a otra inteligencia”⁶.

Segundo postulado. Es posible enseñar lo que se ignora

Jacotot repitió su experiencia enseñando materias en las que era absolutamente incompetente, piano, pintura o a pleitear. De hecho, sus aulas se llenaban para oírle decir: “Es necesario que les enseñe que no tengo nada que enseñarles”⁷. De su experiencia sacó conclusiones: se puede enseñar lo que se ignora si se emancipa al alumno, si se le obliga a usar su propia inteligencia; y, para lograrlo, es suficiente con estar uno mismo emancipado, reconocer el poder del espíritu humano. Rancière abre la puerta a la igualdad con una crítica social y política: “la emancipación debe comenzarse”. Todos hemos aprendido algo por nosotros mismos, la lengua materna, por ejemplo. El método de Jacotot es el más antiguo de todos, pero nadie osa proponerlo como instrucción para los demás, nadie parece querer enfrentarse con la revolución intelectual que eso puede significar. Si no contribuimos a su imposición, triunfará y se impondrá el viejo orden explicador. El tema es, pues, emancipar: “que todo hombre del pueblo pueda concebir su dignidad de hombre, tomar conciencia de su capacidad intelectual y decidir su uso”⁸. El método Jacotot no era un nuevo método; era, nos dice Rancière, una buena nueva que debía ser enunciada a los pobres; ellos podían todo lo



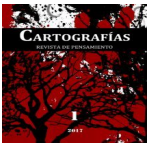
que puede un hombre. “Declaró que se puede enseñar lo que se ignora y que un padre de familia, pobre e ignorante, puede, si está emancipado, realizar la educación de sus hijos, sin la ayuda de ningún maestro explicador”⁹.

Tercer postulado. Es el discípulo el que hace al maestro

Pero el maestro ignorante no es pasivo, no está en silencio; le pide al alumno “que haga cosas”, redacciones, le pide “usar las palabras”, “que construya frases”, “le pone tareas”. Debe mostrar sus razonamientos, debe “poder verificar” todo su pensamiento en relación al nexo que los une, el libro, objeto ofrecido para poder relacionar todo lo demás. Le permite desarrollar su capacidad intelectual, le escucha, le concede un espacio, espera sus intervenciones, le acompaña a distancia. Es así como el maestro ignorante, si sigue el ritmo del discípulo cuya voluntad es aprender, podrá aprender también él mismo.

Cuarto postulado. Todo está en todo

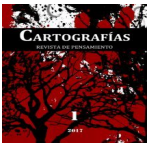
A partir del nexo en común, un libro, cualquier libro, el alumno podrá aprenderlo todo. Resulta ser el centro de gravedad del conocimiento. “Es necesario aprender alguna cosa y relacionar con ella todo el resto”¹⁰ —esta es la propuesta del maestro emancipador. Pues el método “viejo” crea un orden explicador de conocimientos, principios y reglas progresivo. Si no conoces los previos, imposible continuar por uno mismo. Se abre siempre una zanja, que hace que el alumno siempre vaya a remolque del maestro. El maestro siempre oculta un saber, que pone de manifiesto la ignorancia del alumno. El libro pone a las tres inteligencias como iguales, al autor, al maestro y al discípulo. “El libro es la fuga bloqueada”; es el ejercicio de la potencia de cada cual, de la libertad y de la posibilidad de su expresión en la interpretación. “Hay que conocerse a uno mismo como viajero del espíritu, semejante a todos los demás viajeros, como sujeto intelectual, participe de la potencia común de los seres intelectuales”¹¹.



¿Es Sócrates modelo de maestro ignorante?

Al leer el libro rápidamente viene a mi mente la imagen de Sócrates; parece el modelo de maestro ignorante. Sin embargo, Rancière afirma que “existe un Sócrates adormecido en cada explicador” y que el “método de Jacotot difiere radicalmente del método socrático”¹². Hay dos actos que ha de realizar todo maestro: interrogar y comprobar el trabajo que realiza cualquier inteligencia. Sócrates parece seguir estos pasos, es un maestro hábil que interroga disimuladamente *–ironai–* para hacer pensar al otro. Pero no basta con preguntar; hay que permitir la libertad de elección de camino. Y parece que Sócrates no acepta cualquier vía, cualquier respuesta. Cuando el esclavo del *Menón* pide a Sócrates por dónde empezar a buscar, le contesta que el alma es inmortal y conocer es solo recordar. Parece tener respuestas de un solo sentido, de dirección única. Conoce la solución geométrica y el mejor camino para llegar a la solución. Sócrates torpedea al esclavo de Menón haciéndole reconocer su ignorancia, marcando así una distancia infinita que le inmoviliza, lo paraliza, le hace decir al esclavo: “Pero, ¡por Zeus! Sócrates, yo no sé nada de todo esto”¹³. Sócrates conduce al esclavo hacia el conocimiento, pero éste solo reconoce una incapacidad, una impotencia. El esclavo de Menón lo será siempre social e intelectualmente. Sócrates no permite que el esclavo busque por sí mismo; hay algo ya establecido de antemano que Sócrates conoce, condición necesaria para avanzar en sus conocimientos. No es trivial el hecho de que quien aprende con Sócrates, el más sabio de los hombres, sea un esclavo. El esclavo lo es en todos los ámbitos: epistemológico, político, ético, social, cultural. No solo no puede saber, sino que está desposeído de todo.

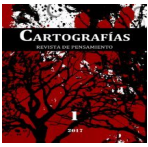
La cuestión es que Platón estaba demasiado sometido también él mismo a su maestro. Quizás debamos analizar algún otro texto y tratar de descubrir otro Sócrates, un auténtico maestro ignorante, que no enseña ningún conocimiento porque nada sabe. De hecho, se le recrimina en otros diálogos no saber responder a las preguntas que propone y encima hace que los otros se contradigan. “Esta es la sabiduría de Sócrates, pues él no busca enseñar, sino dar vueltas alrededor de los otros para aprender de ellos, y ni siquiera les da las gracias”¹⁴. Parece que los que dialogan con Sócrates desaprenden lo que sabían y, según Rancière, Sócrates conduce siempre al otro por un único sentido. Eutifrón también es desacreditado por su interlocutor, Sócrates, en un momento crucial



de su vida, en el de su condena, siendo despreciadas por Sócrates cada una de las definiciones que le ofrece sobre la piedad. Ninguna satisface al maestro. De nuevo, su interlocutor no se halla a la altura, no responde como el maestro espera que responda. Su definición es acusada de contradictoria. Sócrates no enseñaría para liberar, para potenciar la inteligencia del otro, sino para someterla. De esta manera, hace decir a Eutifrón: “No soy capaz, Sócrates, de acompañarte en tus disquisiciones”¹⁵. Sócrates pregunta a la manera de los sabios y no a la de los hombres, como pretende Rancière. Y, finalmente el problema de Sócrates acaba siendo un problema político. Se pone por encima de todos los hombres, se cree al oráculo delfico y no encuentra a ningún igual para conversar. “Compartió la locura de los seres superiores, la creencia en el genio”¹⁶.

Notas

1. Joseph Jacotot fue un pedagogo francés del siglo XIX, revolucionario en la Francia de 1789, exiliado en los Países Bajos durante la restauración de la monarquía. En 1818, lector de literatura francesa en la Universidad de Lovaina, tuvo la aventura intelectual sobre la cual Rancière sostiene sus tesis.
2. RANCIÈRE, Jacques, *El maestro ignorante*. Barcelona: Laertes, 2010, “Prefacio”, p. 11.
3. *Ibid.*, p. 12.
4. *Ibid.*, p. 13.
5. *Ibid.*, pp. 29-30.
6. *Ibid.*, p. 30.
7. *Ibid.*, p. 32.
8. *Ibid.*, p. 34.
9. *Ibid.*, p. 37.
10. *Ibid.*, p. 41.
11. *Ibid.*, p. 56.
12. *Ibid.*, p. 51.
13. PLATÓN, *Menón*, 83e.



Cartografías, núm. 1 “El maestro ignorante de Jacques Rancière”, pp. 68-74

14. PLATÓN, *La República* I, 338b.

15. PLATÓN, *Eutifrón*, 12a.

16. RANCIÈRE, J., *op. cit.*, p. 131.